

La península
de las casas vacías



**Proyecto realizado con la Beca Leonardo a Investigadores
y Creadores Culturales 2022 de la Fundación BBVA**

La Fundación no se responsabiliza de las opiniones, comentarios
y contenidos incluidos en el proyecto, los cuales son total
y absoluta responsabilidad de sus autores

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación
pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada
con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento
de esta obra.

En cubierta: Rafael Zabaleta, fragmento de *La Romería* (1959),
por cortesía del Museo Zabaleta © Museo Zabaleta

Ilustraciones de las guardas y de la página 18 © David Uclés

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© David Uclés, 2024

por mediación de MB Agencia Literaria, S. L.

© Ediciones Siruela, S. A., 2025

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 979-13-87688-23-3

Depósito legal: M-11.821-2025

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

David Uclés

LA PENÍNSULA
DE LAS CASAS VACÍAS

 Siruela

Nuevos Tiempos

Algunos datos y fechas históricas han sido modificados ocasionalmente para que encajen las piezas de este rompecabezas; también se ha jugado con el devenir de los personajes, por muy reales que parezcan. Lo narrado se encuentra entre la realidad y lo imaginado.

Índice

Prólogo	13		
Primera parte / Simiente / 1936		Segunda parte / Leño / 1936	
1. El jabalí de color rojo	21	31. El volcán vacío	159
2. La casa de la Coneja	28	32. Los espejos bien cubiertos	160
3. El alumbramiento	31	33. La lluvia de garbanzos y el espino blanco	163
4. El pozo de San Vicente	34	34. El almirez y la cúpula anaranjada	167
5. El luto y los huesos de cereza	36	35. Las doce madres	169
6. El rey de las lámparas y la Niña Bonita	40	36. El caballo de cartón y las acelgas	176
7. La última gota de pintura	45	37. Los viejos petrificados	179
8. El cuerpo de Cristo	48	38. El ojo del mar	181
9. Las cabañuelas y el garbanzo	51	39. El tercer bando	189
10. Los dedos arrugados del cielo	57	40. La antena de los cristales rotos	193
11. El pie del Medinaceli	60	41. El tiempo entre palacios	197
12. La cueva de los durmientes	63	42. Los tres nombres	201
13. La vaca y el ramito de nomeolvides	67	43. El viaje al oeste	207
14. La hermana bajo la túnica de cuero	74	44. La arena y la cal	215
15. Los ideales dormidos	79	45. La recogida de la aceituna	227
16. El viaje a ninguna parte	83	46. La muerte en el olivar	233
17. La vuelta al calendario	87	47. La noche bajo las estrellas	236
18. Los ríos bárbaros y las falanges quebradas	96	48. Los ocho braseros	240
19. Las cosechas venideras	100	49. La tierra sobre el suelo de Toledo	243
20. La última liga en el bar	104	50. La conversación en el reclinatorio	248
21. Las matanzas	110	51. Los primeros milicianos	256
22. La hiperacusia y la hipocondría	114	52. La marcha del primogénito y el macetero	283
23. El viejo pródigo y la oscuridad	117	53. Los rostros iluminados de Málaga	292
24. La sordociega de las esparragueras	123	54. El sótano de la rebotica y el rifle	300
25. El huesecillo de conejo	125	55. La llegada a Madrid	312
26. El cerro del olivo solitario	128	56. La última cena y la piedra negra	325
27. La iglesia en llamas	133	57. La despedida en el horno	330
28. El Cerillita	140	58. Las doce bombas sobre el reloj	335
29. La partida de ajedrez	146	59. La fumarola	342
30. El parto de Elena	154	60. Los tres ríos de sangre	344
		Interludio. La región vecina	353

Tercera parte / Ascuá / 1937

61. La mula Rigoberta y el Jarama	359
62. La lengua geográfica	369
63. El hambre y los huevos de madera	376
64. El candel al cielo	382
65. La ciudad de los andamios	383
66. Las lágrimas de mercurio	391
67. Las mantas con rubeola	396
68. El hijo extraviado	405
69. La curandera y los huevos podridos	411
70. Las batallas caducas	413
71. El árbol de Gernika	418
72. La hoguera de tres días	422
73. El Cinturón de Hierro	426
74. Los niños etiquetados	430
75. La península de las casas vacías	432
76. Las cartas sin tinta	434
77. El acueducto desmontado	436
78. La última fotografía	440
79. La virgen de los muérdagos	449
80. Los óleos fértiles	457
81. La lluvia de jaulas	460
82. Las lágrimas ácidas	462
83. La mujer bizca y el hijo de Hilaria	465
84. Las botas más grandes de Iberia	472
85. Paulo en el pazo	481
86. La santa de las Rías Baixas	486
87. Los escritores reunidos	490
88. El Camino de los Ingleses	496
89. Los restos que encajaron	500
90. La muerte del novio	505

Cuarta parte / Ceniza / 1938/1939

91. El volcán lleno	515
92. El agrietamiento	518
93. Los tiros de gracia	523
94. La avioneta quieta sobre Teruel	524
95. Las heridas futuras	529
96.	542
97. Las grapas de los quincalleros	543
98. Los nueve hoyos de cal viva	553
99. La carta del padre	559
100. La Noche de San Juan	562
101. Las trece rosas	566
102. La batalla del Ebro	569
103. El último primero de enero	599
104. La dama sobre el mamut	607
105. La lluvia de pan	613
106. Las flores frías de invierno	618
107. Los disparos de la dedalera	622
108. Las mujeres vernáculos	624
109. Los cacillos de agua y el aliso	625
110. La villa donde sí pasaron	632
111. Los nuevos colores del Levante	642
112. El puerto de los olvidados	648
113. La última estación del viacrucis	655
114. La comitiva de presos	662
115. El látigo, el azufre y la zozobra	667
116. El caligrama del funcionario civil	670
117. El nicho bajo el almendro	671
118. Las camionetas verdes	673
119. La bala de la relojera	678
120. La vuelta a Jándula	680
Epílogo	691

Agradecimientos	697
------------------------	-----

Carta a los lectores	699
-----------------------------	-----

*Todos los miembros de mi familia sin excepción provienen
del mismo pueblo, Quesada, llamado Jándula en esta
novela. Vivieron la Guerra Civil y a ellos dedico el libro*

*A mi tatarabuelo Jorge, que traía el correo y el pescado
al pueblo en serones
A mi tatarabuelo José, que, inválido, enseñó a hacer pan
a mi abuela desde la cama
A mi tatarabuela María Lucas, quien alejaba a sus nietos
para no contagiarles la vejez
A mi tatarabuelo Felipe, que al llegar de la guerra se metió
en la cama y no salió más
A mi tatarabuelo Eufasio, que se enganchó en una polea
y nos dejó el mote de «Perchas»
A mi tatarabuela Rita, que no pagó el bautizo de su nieta
por no heredar su nombre*

*A mi bisabuelo Luis, que tuvo que emigrar por no
entregar un rifle a la milicia
A mi bisabuelo Papa Lolo, que no se quitaba su bufanda
morada ni en verano
A mi bisabuela Julia, que colgó la guitarra eternamente
tras la muerte de una hija
A mi bisabuelo José, que vivió bajo el mismo techo que
el pintor Rafael Zabaleta
A mi bisabuela Purilla, cuya hija nació con un estómago
como un dedal y murió al año
A mi bisabuela Pura, de quien heredé el asma, las arritmias
y las auras migrañosas*

*A mi tía abuela Juana, a quien el día de la boda de su
hermana se le ahogó el hijo
A mi tío abuelo Antonio, que apuntaba a la tele cuando
salía Franco y gritaba «¡pum!»
A mi tío abuelo Fernando, que se quedó mudo de pequeño
por una meningitis
A mi tío abuelo Jorge y su hermana Tíscar,
a quienes el peso de la tierra les abrió las puertas del cielo
A mi tío abuelo Manuel, que se cortó con un biberón
y al llorar se le salieron las tripas
A mi tía abuela Trine, que se cayó en un canal de agua
y perdió el hijo que esperaba*

*A mi abuela Josefa, por las lámparas de frutos secos
y la ternura que nos dio en vida
A mi abuelo Francisco, que luchó en la campiña cordobesa
y volvió asqueado
A mi abuela Che, que sigue llamándome «lucero»,
por contarme cómo se vivía antes
A mi abuelo Luis, por dejarme mezclar sus cenizas con
este papel calco de Odisto*

*Y, aunque nacieron después de la guerra:
a Pedro y a Ángeles, mis padres, por haberme inventado,
y a Mariángeles, mi hermana, por cuidarme tanto*

«En España somos grandes cuando somos cien;
más, nos entrematamos».

MAX AUB

«Triste país [...] en donde en la mirada de un hombre
que pasa vemos la mirada de un enemigo».

PÍO BAROJA

«Tal vez España no se arregle hasta que muramos
todos los españoles. Podía ser una solución un
poco drástica, pero efectiva».

JESÚS TORBADO

«Hagamos de España un país fascista y vayámonos
a vivir al extranjero».

AGUSTÍN DE FOXÁ

«Nadie ha cuidado de enseñar a los pueblos que
la muerte y la guerra son mucho más fáciles que la
paz y la vida».

CLARA CAMPOAMOR

«Es un error pensar que la memoria tiene que ver
solo con el pasado. Tiene que ver con el presente
y con el futuro; si no sabemos de dónde venimos
no podremos saber quiénes no queremos ser».

ALMUDENA GRANDES

«Vivir no es tan importante como recordar».

MARÍA TERESA LEÓN

«La cultura es la opción más revolucionaria a largo plazo».

MONTSERRAT ROIG

«Una novela tiene que reflejar la realidad. Pero tiene que tener una parte de fantástico, de irreal. Y ha de ser poética».

MERCÈ RODOREDA

«Las casas contraídas, [...] rotas, salpicadas de sangre: las habitaciones donde un grito quedó temblando, donde la nada estalló de repente».

VICENTE ALEIXANDRE

«La casa donde ella había vivido siempre, donde se escuchaba la voz de sus padres, estaba ocupada ahora por gentes a las que no conocía y a las que tampoco hubiera querido conocer».

MARÍA LUISA ELÍO

«Alguna vez, ha venido escondiéndose tal o cual madre o esposa fugitiva anhelando saber la suerte de los suyos. Cuando recorren estas calles y estas casas vacías y en silencio, cuando comprueban espantadas que no queda alma viviente, huyen otra vez aterradas».

MANUEL CHAVES NOGALES

Prólogo

Altiplano de Glières, Francia; marzo de 1944

En mitad del cielo, una nube deja de moverse. Se distingue bien de las demás porque flota solitaria. Carece de contorno y es de un tono más pardusco. Se ha detenido sobre el cuerpo de un miliciano andaluz que yace bocarriba en el manto de nieve que cubre el valle. Solo destacan el rosa tibio de la piel del soldado desnudo y el púrpura de sus heridas, en especial el de la cicatriz del hombro, recuerdo de una batalla que no recuerda.

El miliciano no está muerto, duerme con la boca abierta y los pies entre gladiolos. Cuando abre los ojos, la nube despierta también y retoma el movimiento, pero no en dirección nordeste, hacia donde los vientos saboyanos suelen barrer el cielo, sino hacia el suelo. El joven observa que está cada vez más cerca. Se incorpora con la intención de huir, pero no puede caminar. Aprecia despavorido que su propia sombra, proyectada sobre la nieve, no tiene piernas. Antes de echarse las manos a las pantorrillas para comprobarlo, se las lleva a los oídos. Un sonido agudo y familiar lo envuelve. Alza la vista y reinterpreta las señales. No se trata de un nublo, sino de un obús. Se lanza de nuevo al suelo y cierra los ojos. Escucha el fragor de la explosión. No lo ha alcanzado, aunque sabe que las heridas graves no duelen al instante.

Vuelve a abrir los ojos y se incorpora, feliz de sentir las piernas. Se palpa el resto del cuerpo y se calma al hallarse de una pieza. El paisaje es ahora otro: la noche ha caído y, pese a que no hay luna ni fuego y a que todo debería estar sumido en una untuosa oscuridad, la nieve deja entrever el verde de los abetos, intenso y refulgente, así como el marrón franciscano de los troncos.

Reconoce el ruido de varias pisadas sobre el terreno, ese sonido indescriptible de nieve rota, hollada. De entre los árboles más cercanos asoma una veintena de niños, en cuyas caras, tras toparse con él, se vislumbran mohínes de espanto y pequeños círculos de luz

blanca que parecen proyectados desde su propio torso. Los veinte niños alzan al unísono los brazos y lo señalan temblorosos. Se aproximan al miliciano y, para cerciorarse de que es real lo que están viendo, atraviesan su cuerpo con las manos. El soldado se mira el estómago y el pecho, perforados por innumerables agujeros. No le da tiempo a palparse. Vuelve a oír otra explosión, algo más lejana, y el cielo, después de un fogonazo, se tinte de naranja, desde el cenit hasta el horizonte. Los niños, azorados, deciden correr de nuevo hacia lo profundo del pinar, sin darse cuenta de que los agujeros del cuerpo del miliciano han cicatrizado durante la breve explosión y sus curiosos brazos se han quedado dentro del torso. Al querer sacarlos para alejarse destrozan el cuerpo del hombre, que se desguaza y cae sobre la nevada tierra de la montaña.

El miliciano, que ahora solo siente la cabeza y parte del pecho, cierra por enésima vez los ojos con la esperanza de despertar de un mal sueño. Los abre y se alegra de encontrarse en otra parte del valle, con el cuerpo de una pieza y sin heridas, salvo la raja del brazo izquierdo. El color del cielo, de un turquesa vivo, lo avisa de que sigue en una de sus interminables ensoñaciones.

Recuperado, decide adentrarse en el bosque. Pisa la linde y, a traición, recibe un disparo en el cuello. La bala le destroza la yugular. El miliciano grita de dolor. Sabe que la herida es mortal. Se lleva los dedos al agujero para intentar taponarlo. Lo que toca no parece sangre, es rugoso y menos adherente. Aprécia que de la herida le sale arena fina. Por mucho que aprieta, no deja de manar. Nota que se le desinfla el cuerpo, que se le escapa la vida. Y desfallece.

El miliciano andaluz encadena una pesadilla con otra. En los últimos años, ha visto tanto dolor y tantas muertes que estas han empezado a aparecérselo mientras duerme. Ha sufrido más que ningún otro hombre: sobrevivió a una hambruna sin precedentes en Iberia, seguida de un tiempo de tormentas fortísimas; luchó en la guerra civil de su país, perdió a su padre y al resto de su familia en la contienda; sufrió la represión de la posguerra y tuvo que partir al exilio; en Francia, fue enviado al campo de concentración de Argelès-sur-Mer, donde miles de íberos murieron

por falta de higiene, y, al no obtener el estatus de prisionero de guerra y ser considerado por las autoridades extranjeras como apátrida, se escondió un tiempo para no acabar en Mauthausen hasta que logró alistarse como trabajador en la Compañía 517, encargada de construir carreteras en la Alta Saboya con el carbón de los montes vecinos. Pese a todo, acabó recibiendo el telegrama de Hitler en el que lo requisaba como mano de obra. Como no le servía el salvoconducto que el organizador de los íberos exiliados, Richard Andrés, le había preparado, se echó al monte de la mano de Miguel Vera, otro íbero que había sufrido una suerte parecida a la suya, y se unió a los maquis de los Alpes, donde ahora se enfrenta nuevamente al fascismo, esta vez en la Segunda Guerra Mundial.

El joven teme que, si ve morir a más gente, el sueño se le haga perpetuo y nunca despierte. El propio afectado lo explica así: «Mientras sueño, sufro en mis propias carnes todas las muertes que he presenciado, ya fueran de compatriotas o del enemigo».

El médico del frente comprende su dolencia. «Sin solución que podamos aplicarte en el campo de batalla, es recomendable que abandones esta lucha mañana mismo y que hagas curas de reposo en un balneario suizo. O eso, o que nazcas otra vez en otro país».

Angustiado, el miliciano pide a sus compañeros que lo dejen abandonar el frente. Sus camaradas aceptan facilitarle la retirada.

—¿Y con qué excusa te mandamos a casa? No podemos decir que te agitas mientras duermes. Necesitamos que Inglaterra vea que resistimos hasta el final, dar ejemplo con nuestra resistencia. ¡Si no, Churchill nos va a enviar, en lugar de armas, sogas!

—Tampoco creo que pase nada si les hablamos sin reservas. No ha bajado un solo hombre en todo este tiempo. Aquí nadie ha enfermado. ¡Estar a menos treinta grados tiene sus ventajas!

—Doctor, ¿se le ocurre algo? ¿Cree que podría escribir un parte sobre su estado?

—¿Cómo tienes los pies? Podemos retirarte alegando que sufres pies de trinchera. Pero si están en buenas condiciones...

—¡Podría caminar descalzo en la nieve! Lo que sea necesario.

—¡Le llevaría días enfermar y debe partir mañana mismo! Aunque quizás sí... ¡Compañeros! ¡Descalzadlo y enterradle los pies

en la nieve hasta que amanezca! O, mejor, de la cintura para abajo. Dejadle solo la ropa interior puesta, dos mudas, que no queremos que quede sin descendencia. ¡Camarada! Te irás al amanecer, ya has sufrido bastante. Como al alba tendrás los pies engarrotados, te bajarán en una camilla dos de nuestros hombres.

— ¿En una parihuela por estas vertientes?

— ¡En la parihuela podrás ir atado! No te caerás. Además, conociéndote, estarás soñando y ni te enterarás.

— De acuerdo, doctor. ¡Gracias!

El miliciano les hace prometer que, si muere en el camino, cumplirán su última voluntad: que el nombre grabado en su tumba sea el de su padre, Odisto Ardolento. Dice que lo mataron en la guerra civil íbera y nadie pudo encontrar su cuerpo. Les explica que así lo honraría. Sus compañeros le dan su palabra, aunque insisten en que no morirá. Pero se equivocan.

Al día siguiente, tras más de setenta días en los Alpes resistiendo a los ataques enemigos, decenas de ellos van a perder la vida. Hitler los sorprende desprevenidos. Los nazis llegan rasurados y cubiertos de talco para camuflarse entre la albura de la nieve, que enseguida tiñen de burdeos.

Retumba en todo el macizo el sonido del bombardeo alemán, las ráfagas de las baterías y los batallones ametrallando. El plan urdido resulta exitoso: diez mil alemanes y dos mil franceses de Vichy contra quinientos maquis. Con una desigualdad de uno contra veinte, tras la artillería por la mañana y la aviación al mediodía, el ruido cesa al atardecer.

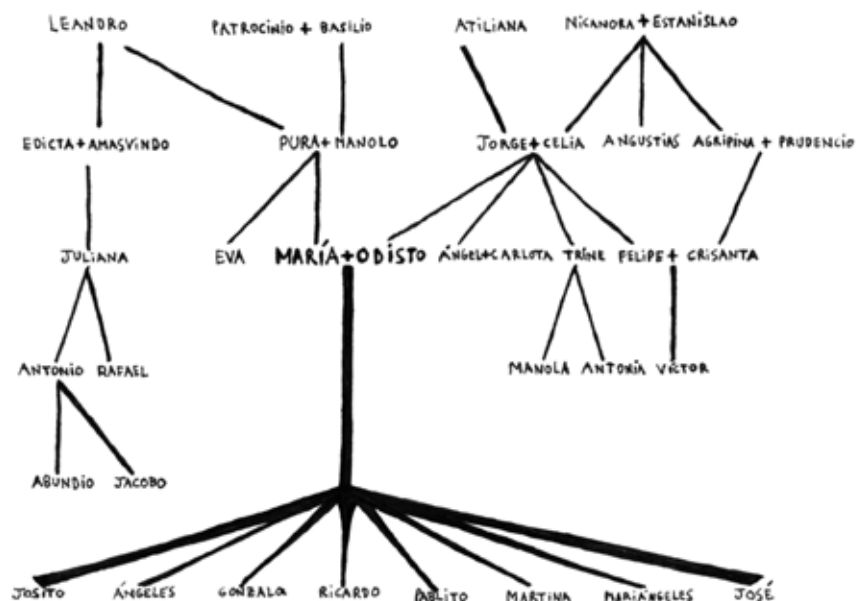
El crepitar de la batalla da paso al zumbido del fuego, roto por los mugidos de una vaca que corre ciega campo a través. Los maquis que no han sido desprovistos de alma huyen al monte: orden de dispersión. Nuestro hombre, el hijo de Odisto, el de los sueños tormentosos, ahora sí, yace muerto y sin gladiolos en los pies, llevándose a la tumba el nombre que quiso que grabaran en su lápida.

Los dos compañeros que lo habían portado en la camilla, al escuchar el comienzo de la batalla, dejaron al andaluz en el suelo, atado y durmiente, y fueron a ayudar al resto de la Resistencia. Ambos cayeron minutos más tarde.

Para cuando hallaron al miliciano, meses más tarde, solo quedaban sus huesos atados a la camilla. El andaluz había sido incapaz de desatarse, o quizás nunca se había despertado de aquel sueño eterno de llanto y muerte.

Os acabo de narrar la muerte de la última persona que podría haber dejado en herencia el apellido de Odisto, el protagonista de esta novela, cuya familia pasó de contar con una cuarentena de miembros en 1936 a desaparecer apenas tres años después. Nunca más nacería un Ardolento. Es por ello que escribí estas páginas, para honrar a todos los perdedores.

He aquí pues la historia
de la descomposición total de una familia,
de la deshumanización de un pueblo,
de la desintegración de un territorio
y de una península de casas vacías.



PRIMERA PARTE
Simiente

1936

El jabalí de color rojo

Odisto iba a tener un hijo.

Con cada parto, en Jándula, un aire solano sacudía con furia los árboles. Aquella noche primaveral de 1936 el viento destemplado arrastró mucha tierra y cubrió de polvo las hojas de los chopos de las riberas. Aunque a simple vista no pudo apreciarse, los árboles, de hojas asfixiadas, se curvaron lentamente hacia el agua hasta remojar las copas. Odisto paseaba bajo aquel dosel terminando de roer el hueso de un albaricoque, tan absorto que no percibió siquiera que la vereda había perdido el resplandor nocturno del cielo. Los partos le abducían el espíritu. Entre abortos y niños nacidos sin pulso, tanto él como su mujer, María, habían presenciado más muerte que vida. Dicho así parece como si el matrimonio no hubiera podido engendrar descendencia. Nada más lejos de la realidad: el hijo que esperaban iba a ser el octavo.

Por su condición de varón, Odisto no podía acompañar a su mujer en el parto, ya que en su tierra los hombres no debían presenciar el alumbramiento o el bebé nacería descompuesto: una bocanada de arena, entrañas y huesos. Debía esperar alejado de la parturienta. Para hacer tiempo, había bajado hasta el río. Allí se entretuvo en pinchar los frutos de un árbol que emitía luz. Tomó una aguja de pino y atravesó la pielecilla de varias ciruelas tempranas, y de la fruta horadada volaron crías de luciérnagas. Aquellos insectos se alimentaban de la pulpa verdosa de las claudias, dejándolas huecas y echando a perder la recolecta. Pocos campesinos preferían la luz de las luciérnagas a la cosecha de un año. Tampoco Odisto.

Cuando no quedó ningún fruto iluminado, optó por volver al cortijo, donde el nacimiento iba a tener lugar. Para eso había que atravesar las cinco terrazas de la hermosa huerta, que albergaban cosechas diferentes.

Tras salvar un par de ribazos y desandar el camino del caz, se adentró en la cuarta terraza, reservada para la siembra de verano, donde entonces crecían altos los jaramagos, las collejas y las ortigas. Estas últimas las acariciaba a su paso y no le picaban porque aguantaba la respiración al tocarlas. No tenía una explicación científica, como tampoco la tenía que otro vecino del pueblo, Tomás, hubiera caminado por encima de las aguas del pantano del río Guadalentín con el mismo truco, reteniendo el aire en los pulmones. En Iberia, país al que pertenecía Jándula, con voluntad, paciencia y algo de fe, en ocasiones la lógica se invertía al capricho de sus habitantes. Quizás por eso no debería asombrarnos que en el bancal por el que Odisto paseaba descansaran a la intemperie los instrumentos de un cuarteto de cuerda.

Pertenecían a Ceferino, el director de la orquesta del pueblo. Un par de años atrás, el músico los había tallado en los tocones de unos álamos muertos. Y por eso mismo, al seguir unido el instrumento al árbol, pues nunca lo entallaba tanto como para que se desprendiera del tronco, la melodía se extendía hacia las raíces y, desde allí, hacía vibrar toda la tierra alrededor. En los días festivos, el pueblo se sentaba en los bancales colindantes y sentía la música retumbar en sus propias carnes: pasodobles, coplas, zarzuelas de Barbieri y *suites* de Falla y Albéniz. Dejaron de hacerlo porque tantas pisadas echaban a perder las cosechas. También Ceferino había descuidado los instrumentos: a la viola le brotaban ahora gurumelos, y a la voluta del violonchelo, una mata de perejil negro. A Odisto le habría gustado oír una canción esa noche de parto. A lo lejos ya distinguía su cortijo, cuya entrada principal lucía repleta de velas. Pronto la abrirían y sabría si hubo milagro o si el niño se quedó en abono para la tierra y había que llevarlo al pozo de San Vicente.

Siete hijos sanos, cuatro abortos y tres criaturas nacidas sin vida. Catorce historias más tarde, Odisto y María rezaban para recibir sano al octavo. Como todos en el pueblo, evitaban pronunciar el nombre del neonato antes de que abriera los ojos y lo elegían escribiéndolo en un papel. En cuanto al sexo que tendría la criatura, si a la embarazada le salían manchas en la cara y se afeaba, iba a ser niña, ya que la pequeña acaparaba para sí toda la belleza; si el vientre se abultaba más por arriba que por

abajo, sería niña también, y si la mujer encinta caía al suelo de hinojos, niño; si las lúnulas se le oscurecían, niña, y si le salía una erupción en las corvas, niño. Como María no presentaba ningún signo concluyente, se prestó a que le hicieran lo de la medallita. Consistía en posarle sobre la palma de la mano una cadena, levantarla tres veces con tres golpes al aire y observar el trazado del colgante en el vacío. Si describía círculos, sería niño; si hacía la forma de una cruz, niña, y si se quedaba quieto, abortaría. Pero la cadenita que Escolapia —encargada en el pueblo de aquella tarea— hizo danzar sobre la mano de María se quebró en dos, dejando a esta descompuesta ante el oscuro vaticinio.

Odisto, por su parte, quería que se llamara Ricardo y, si era niña, Gema. Ambos casarían bien con su apellido: Arlodento, o Ardolento. Podía escribirse de ambas maneras. Los funcionarios del Registro Civil de Jándula lo debieron de anotar mal a lo largo de varias generaciones, hasta que llegaron a un punto en que no sabían cuál era el más fidedigno. Los dos servían. Ricardo Arlodento; Gema Ardolento. Otra peculiaridad sobre los nombres en Jándula era que los lugareños gustaban de llevarlos inscritos en una chapita colgada al cuello.

El repique de las campanas de la iglesia marcó la medianoche. Odisto se había sentado en un pilón sin agua que había en la tercera terraza. Acariciaba la chapa de su nombre pensando en el bautizo de su próximo hijo. Aún no habían decidido si le sumergirían la cabeza en agua bendita o si se la hundirían en tierra del desierto —el de Larva lo tenían a cuatro leguas, y el de Tabernas, a tres horas a caballo—. El agua dotaría al bebé de un espíritu fuerte y de una inteligencia mayor, mientras que la tierra lo haría enérgico y tenaz. Desazonado, Odisto decidió acercarse al camino de los tilos, que llevaba a la segunda terraza, desde donde podría escuchar el primer llanto del neonato.

El camino sombreado de los tilos era el lugar donde Odisto y María hacían el amor, pero solo en los solsticios, cuando era aconsejado. En los equinoccios nadie se atrevía a copular pues desaparecía entonces el viento frutal de la fertilidad y aquello no traía nada bueno.

En lo que a esta historia y a nuestros protagonistas atañe, ni Odisto ni María en ninguno de sus arrebatos carnales tuvieron la imprudencia de copular fuera de fecha. Pero en la temporada permitida, desde hacía casi veinte años, no había solsticio en el que no se encontraran bajo los tilos. Quizás sea más fácil imaginar la escena si describo el matrimonio. Él rondaba la cincuenta; María era diez años más joven. Eran altos en Jándula, medianos en Iberia y bajos en Europa. Odisto era delgado y con una piel dura como la de los orejones. Un hombre serio, algo esquinado, cuya mirada guardaba todo para sí. María era obesa y afable, sus rasgos no eran delicados, pero tendían a sonreír más que los de él. No le preocupaba su gordura, es más, le gustaba, ya que, desde las epidemias de tuberculosis de los dos años anteriores, estar gordo se asociaba a estar sano. Ambos tenían la nariz ancha y robusta, y pocas arrugas, aunque a Odisto los años le pesaban más que a ella: la barba se le había descolorido y había perdido la frondosidad que antaño le daba calor al rostro. Su pelo era gris como la joroba de una hiena, recio y poblado, formando ondas. María siempre llevaba atado a la cabeza un pañuelo oscuro con pequeños lunares blancos. Quizás lo único que destacaba en la pareja eran los ojos de Odisto, azules con reflejos del color de la simiente del melón, y la perfecta dentadura de María. Dos personas de rasgos comunes que hacían el amor con religiosa frecuencia.

Después de la cópula bajo los tilos, Odisto se encaminaba hacia la iglesia grande del pueblo. Allí, más por tradición que por devoción, encendía una vela al cristo contorsionado que yacía en una de las capillas del transepto; había sido su padre, Jorge, quien le había enseñado a proceder así. De paso, si la hora no era imprudente, charlaba con el párroco, don Robustiano, quien, incluso dando la misa, siempre estaba sentado porque, según decía, lo fatigaba la presencia del Espíritu Santo.

Nueve meses habían pasado desde aquella noche estival en la que Odisto había preparado un lecho bajo los tilos. Acarició las ramas más bajas de aquellos árboles y siguió caminando.

A solo un bancal del cortijo, Odisto creyó percibir en el viento los sollozos de su mujer empujando. Se sentó entre varios haces de habas dispuestos para secarse al sol. Recordó a su veci-

no Obdulio, a quien de comer tantas habas le dio favismo, se le oxidó la sangre y se murió. Se santiguó y arrojó un puñado de tierra contra el suelo. Se limpió las manos y, mientras se quitaba de encima las tijeretas que le trepaban, fijó la vista en su casa. El cortijo no tenía nombre y contaba apenas con cinco estadales cuadrados. Toda la familia vivía bajo el mismo techo, donde solo había dos dormitorios y una amplia habitación para lo demás. El dormitorio pequeño era el de Odisto y María, cuarto de muy reducidas dimensiones que albergaba un crucifijo sin cristo, con un tallo de cilantro seco en su lugar; un par de fotos apoyadas en una cómoda sin cajones y un almirez desgastado que les había regalado un viajero extremeño. En el dormitorio más grande dormían los siete hijos —cuatro niños y tres niñas— y la yaya Pura, la madre de María, sobre dos flacos colchones de paja, cuyo relleno se comerían durante la guerra. En los dormitorios el calor humano hacía de calefacción en invierno.

Por si fuera poco, también vivía en aquel cortijo un hermano de Odisto, Ángel, desde que se quedara viudo. Veinte años atrás, su prometida Carlota, a quien había conocido en un viaje a Toledo, había fallecido de tisis, la llamada enfermedad de los artistas. Tras la muerte de la joven, Ángel decidió no moverse del huerto donde la había visto morir, que resultó ser el de Odisto. Juró no abandonar aquel terreno hasta que se lo llevaran al camposanto. Solo se permitía quebrar la promesa para pasear a lo largo del río y de los caces de agua que atravesaban todas las huertas. Con los años, Ángel llegó a conocerlos tan bien que se hizo el mayor experto de la región en sistemas de regadío. Por suerte para la familia, Ángel no dormía en el cortijo, sino en el hueco que formaban las raíces de una higuera. Entraba en el sueño de un tirón con el apacible susurro de las culebras de escalera a su alrededor, que no lo mordían gracias a que, antes de acostarse, se rociaba con un perfume casero a base de alcohol, pimienta roja y madera de agar que sus antepasados trajeron de la guerra del Rif. Ángel nunca volvió a enamorarse. Seguía carteándose con sus suegros, unos aristócratas toledanos que lo invitaban cada año a que fuera a visitarlos, pero su fobia a abandonar el campo se lo impedía.

En la sala restante, que hacía de cocina y salón, descansaban los muebles del ajuar, los útiles para la cocina, la comida almace-

nada y los aperos del trabajo: celemines, medias fanegas y cuartillos para medir; escobas de rama para barrer y romanas para pesar; una cantarera con tres alcarrazas de agua fresca y otra con dos lebrillos encima, uno para lavar los platos y otro para enjuagarlos; embudos, candiles con torcías, calderos, perolas, escurridores de mimbre; tarros con ciruelas, morcillas que se oreaban, ristras de pimientos secos colgando del techo...

Sobre el retrete no hay gran prosa: un cubo lleno de paja con una tapadera, el cual debía vaciarse con asiduidad, colocado junto al muro de carga trasero del cortijo. Si algún lector encuentra esta descripción somera y quiere más detalles respecto a cómo era el lugar, que me busque y lo llevaré al mismo cubo azul verdoso de mi abuelo, situado en una huerta de Quesada, y tendrá el placer de defecar creando, de algún modo, cierta intertextualidad literaria. Vuelvo a la acción.

Aquel jueves de 1936 Odisto aguardaba el primer llanto de su hijo y María anhelaba su propio llanto de alivio. A la mujer cada vez se le hacían más amargos los partos. De tantas patadas, sus riñones eran ya habas secas; le molestaban al sentarse los huesos ensanchados de la cadera y tenía almorranas del tamaño de achicorias. «Este será el último», se consolaba. A Odisto le partía el alma ver sufrir a su esposa.

Inquieto, acudió al camino principal que lo llevaría directo al cortijo. Le pareció entonces distinguir una sombra en mitad del sendero. Un animal exótico le bloqueaba el camino. Bajo aquella oscuridad, Odisto distinguió dos ojos brillantes y una cresta erizada desde el cogote hasta el rabo que parecía coloreada a mano. El cuerpo era rojizo y el morro blanquinegro. Apenas un gruñido y la extraña criatura dio media vuelta, perdiéndose entre las matas de puerro, donde su piel pinchosa se confundió al instante con la fronda.

«Un jabalí rojo, el animal más bonito que he visto en mi vida», pensó. Tan ensimismado quedó Odisto con la aparición que casi se olvida del llanto de su mujer.